

## LEYENDAS

### Leyenda del origen de los ríos

La cosecha de la algarroba había terminado. La tribu fue al lugar donde realizaba los festejos. Allí se reunieron para ver a quienes se encargaban de la "representación": cuatro disfrazados (uno de ñandú, otro de quirquincho, el tercero de jabalí y el último de tigre). Les acompañaban varios hombres que simulaban ser cazadores. Desde que el juego comenzó, y en el que los animales debían ser atrapados, actuaron a la perfección, imitando las características y las voces de los animales. Se ponían frente a frente, trepaban a los árboles, se perseguían intentando darse alcance, luchaban unos con otros y usaban los medios y astucias empleados por los animales. Los hombres, a su vez, intentando atraparlos, los asediaban, los corrían y atacaban, con el mismo entusiasmo que si fuera una verdadera partida de caza.

Las carreras y las luchas se prolongaron largo rato, con gran alegría de los que presenciaban el espectáculo. Cuando oscureció y el cielo se cubrió de estrellas, dio comienzo la danza. Empezó a oírse el tambor que tocaba incansable el director del baile, colocado en el centro del espacio destinado a la fiesta. Comenzaron la danza dedicada a las estrellas (considerados los ojos de sus antepasados). Formando varias ruedas, tomados de la mano y mirando siempre hacia arriba, danzaban, siguiendo el compás del tambor. Así pasaron la noche entera. Terminó la fiesta cuando el sol volvió a aparecer: sus rayos llegaron hasta los hombres y las mujeres que, vencidos por el cansancio, dormían su fatiga al reparo de los árboles.

En ese momento llegó a la tribu un extranjero. Luego de una cosecha pródiga y de los festejos con que celebraron, los ánimos de los indígenas se hallaban predispuestos para recibir al recién llegado. El extranjero en vez de corresponder a la buena acogida que se le dispensó, quiso imponer su voluntad, y lo consiguió ocasionando daño a quienes sólo debía favores. Todos le temieron, convencidos de que poseía un poder maléfico conferido por el demonio. Nadie se atrevía a lanzar contra él sus flechas. El extranjero, por su parte, reía y actuaba de acuerdo a su conveniencia, sin importarle el perjuicio que sus actos ocasionaban.

Los toldos de la tribu se hallaban en las cercanías de una gran laguna, cuyas aguas brindaban abundante pesca; pero también esas aguas guardaban celosas al pez sagrado, uno de tamaño extraordinario, el padre de los peces. Un día, los indígenas vieron consternados que el extranjero se dirigía a pescar. Llevaba el arco y las flechas de ellos.

Enterado el Cacique de las intenciones del extranjero, le salió al encuentro para prohibirle que diera muerte al pez sagrado, cuya desaparición traería como consecuencia el fin instantáneo de todos los peces, con los que ellos quedarían privados de ese importante alimento. El extranjero, como siempre, recibió la advertencia con desdén, y preguntó: "¿Quién es ese pez del que me hablas?". El Cacique respondió indignado: "¡Es el padre de los peces que viven en la laguna y nos regala cada día el alimento para la tribu!". Empecinado el extranjero soltó la

risa: “Yo quiero probar si eso es verdad”.

La tribu desesperada, veía con horror la grave falta que iba a cometer el perverso extranjero, atacando al padre de los peces, a quien ellos profesaban veneración; pero sabían, por otra parte, que nada ni nadie hubiera podido evitarlo, porque los poderes maléficos que poseía el extranjero lo hacían invencible. El extranjero, con el arco apuntó al pez sagrado quien, como si conociera las intenciones del hombre, lo desafiaba quedándose quieto sin alejarse. De esa manera la flecha, despedida con fuerza por el arco del extranjero, atravesó el cuerpo del padre de los peces. Instantáneamente se produjo algo inesperado. Algo que no estaba en los cálculos del presuntuoso extranjero.

Las aguas de la laguna crecieron en forma vertiginosa hasta desbordarse. En el semblante del malvado extranjero se pintó el terror, al suponer que podía ser alcanzado por la avalancha de las aguas, que corrían por la llanura sin nada capaz de detenerlas. Delante de ellas iba el extranjero, quien habiendo arrojado el arco y las flechas que le entorpecían los movimientos retardando su carrera, huía desesperado tratando de evitar ser alcanzado por el agua que, deliberadamente, seguía sus rastros amenazando con ahogarlo. Pero la carrera se prolongaba tanto que, de vez en cuando, la fatiga vencía al extranjero, quien se veía obligado a detenerse para recuperar energías. Esos instantes eran aprovechados por las aguas, para detenerse también y esparcirse formando lagunas que, al llegar hasta donde se hallaba el hombre, lo obligaban a recomenzar la carrera interrumpida. Esto sucedió muchas veces y en una gran distancia, hasta que extranjero, completamente rendido, cayó sin poderse levantar más.

Las aguas detuvieron su avance, porque ya habían cumplido su objetivo: castigar al matador del pez sagrado. El camino seguido por ellas desde que salieran persiguiendo al malvado, hasta su total rendición, marcaron un portentoso río que dio abundantes peces, permitió muchas cosechas y la crianza de animales a los respetuosos adoradores del agua. Ese fue el primer cauce que regó las llanuras de la región, según decían las tribus de sus orillas, el que a su vez por ser el más grande, dio origen a los otros ríos.

### **Leyenda de la madre del agua**

Cuentan los ribereños, es decir los vecinos de los arroyos, ríos y lagunas, que los niños predispuestos al embrujo del agua, sueñan o deliran con una muchacha bella que los llama. En la época de la Conquista, en que la ambición de los colonizadores no sólo consistía en fundar poblaciones, sino en someter tribus indígenas, para apoderarse de sus riquezas, salió de un campamento cierta expedición en busca del río más grande de todos. Así descubrieron un poblado cuyo Cacique era un joven valiente, a quien los conquistadores llevaron amarrado ante el Capitán de la expedición, quien lo abrumó a preguntas: el cacique se negó a contestar, no sólo por no entender español, sino por la ira que lo devoraba.

El Capitán en actitud altiva y soberbia, para castigar el comportamiento del Cacique, ordenó amarrarlo y azotarlo hasta que confesara dónde guardaba las riquezas de su tribu, mientras tanto iría a preparar una cacería por los alrededores del sector. La hija del avaro Capitán, estaba observando desde la ventana de su habitación, con ojos de admiración y amor a aquel coloso, no sólo fuerte, sino sobre todo valiente y noble. Tan pronto salió su padre del lugar, ella fue a rogar enternecida al verdugo, para que cesara el cruel tormento y lo pusieran en libertad. Esa súplica no podía obedecerla el soldado, porque conocía el carácter feroz de su Capitán, pero no pudo negarse al ruego de la niña encantadora.

La joven de unos quince años, ostentaba una larga cabellera, y miraba fascinada al joven Cacique. Cuando él quedó libre, ella se acercó, con dulzura de enamorada, y lo acompañó por un sendero, internándose en la espesura del bosque. El Cacique no entendía aquel trato, y al verla tan cerca, él se miró en los ojos de ella, azules como el cielo que los cobijaba, tranquilos como el agua de los ríos de los lagos, puros como las flores.

Ya lejos de las miradas de su padre, ella lo besó, manifestándole la necesidad de huir. El lastimado Cacique, atraído por la belleza de la muchachita, accedió, la alzó y cruzó el río con ella en brazos, para refugiarse en una casucha de un indio amigo, quien los recibió y les suministró materiales para la construcción de su propia choza, además de proporcionarles alimentos. Allí vivieron felices, y la llegada del primer hijo, les trajo más alegría.

Una india vecina, conocedora del secreto de la joven pareja, sintiéndose desdeñada por el Cacique, buscó vengarse: escapó a la fortaleza del Capitán, para informarle del paradero de su hija. El Capitán corrió al sitio indicado por la envidiosa mujer y ordenó a los soldados amarrarlos, a la hija y al Cacique, al tronco de un enorme árbol a la orilla del río.

El Capitán tomó al niño y empezó a decirle "Morirás porque no quiero descendientes que manchen mi nobleza. Tú no eres de mi estirpe". Y furioso se lo entregó a un soldado, para que lo tirara a la corriente caudalosa del río, ante las miradas desorbitadas de sus martirizados padres, quienes hacían esfuerzos sobrehumanos de soltarse y lanzarse al caudal inmenso, para rescatar a su hijo, pero todo fue inútil.

Luego el Capitán se dedicó a atormentar a su hija, humillarla y llevarla sumisa de vuelta al campamento. El Cacique fue decapitado ante su joven esposa, quien gritaba con una desesperación desgarradora. Fue tan estremecedora su angustia que la dejaron libre, pero ya enloquecida por la pérdida de sus dos amores, y llamando a su hijo, se lanzó a la corriente, donde terminó ahogada.

La leyenda cuenta que en las noches tranquilas y estrelladas se oye una canción de arrullo, tierna y delicada, surgiendo de las aguas. Es la voz de la linda muchacha que sigue buscando a su querido hijo por los siglos de los siglos, conociéndose la

como “la madre del agua”, aquella madre que no logra encontrar al fruto de su amor.

### **Leyenda del agua de oro**

La primera expedición de conquistadores llegaba a nuestra región: grandes extensiones de tierra ofrecían su belleza natural a los ojos cansados. La cordillera exponía el maravilloso espectáculo de sus cumbres nevadas, destacándose sobre el fondo celeste del cielo puro. Allí los expedicionarios pasaron la noche, dispuestos a proseguir en cuanto el amanecer apareciera.

A la mañana muy temprano ya estaban listos para continuar el camino, pero ahora descansados descubrieron la belleza del paisaje. La región estaba habitada: allí vivían en paz varias familias indígenas. Los expedicionarios entrevistaron al Cacique que gobernaba esa tribu. El Cacique de alta talla y buen aspecto, vestía una túnica larga con guardas de colores, y se cubría con un manto de cuero. El Cacique les permitió a los expedicionarios que se instalaran en sus dominios. La instalación les ocupó varios días, pues las costumbres y viviendas de los indígenas, diferían por completo de las de los españoles. Sus viviendas eran grandes, bajas y construidas semienterradas, entrando en ellas como si lo hicieran a un sótano.

El jefe expedicionario, intrigado ante esta forma de construcción, interrogó al Cacique, quien respondió: “Así aprovechamos las cavernas naturales que nos ofrece la montaña, a las que cubrimos con pircas para que resulten más abrigadas. Además, de esa manera suplimos la madera, que utilizamos para cocinar y para protegernos del frío”. Era un pueblo básicamente de agricultores. Cultivaban maíz. Se alimentaban del maíz, de frutas que ofrecían árboles a los costados del río, de animales que cazaban y de pescados. Las relaciones entre los indígenas y los expedicionarios se afianzaban de día en día.

En cierta oportunidad, los indígenas se ofrecieron para guiar a los expedicionarios hasta un lugar cercano, donde abundaban las corrientes de aguas cristalinas en un ancho río. Merced a ellas, el valle de más abajo, al conjuro del riego natural y copioso por canales naturales, se convertía en un sitio de vegetación exuberante, rico en árboles corpulentos. Cascadas rumorosas caían por las laderas de las montañas, yendo a echarse a alguno de los tantos riachos que cruzaban la tierra. Ante tal perspectiva, los expedicionarios aceptaron complacidos la invitación. Así cruzaron valles donde crecían aguaribais, piquillines y acacias, perfumando el aire con su aroma; mientras la brisa perfumada de tomillo, soplaba con tanta suavidad que apenas movía las ramas.

Cuando llegaron al sitio prometido, los conquistadores elogiaron la singular belleza del paisaje. Uno de ellos, a quien la larga marcha había dado sed, tomó un cántaro de barro y se dirigió a la vertiente a llenarlo de agua fresca. Los otros se sentaron a descansar bajo los árboles, y a gozar de la tranquilidad que allí se ofrecía. De

pronto, fueron arrancados de su abstracción, por los gritos del compañero que se hallaba junto a la vertiente: “¡Milagro, milagro! ¡Hay oro líquido! ¡Vengan!”.

Se levantaron los expedicionarios y corrieron al lugar donde el compañero había hecho el descubrimiento. Atónitos quedaron al llegar: un chorro dorado brotaba de la roca y se deslizaba por un lecho abierto en la tierra, convertido en una corriente que a poco se transformaba en un ancho río de oro líquido. Gritaban: “¡Es verdad! ¡Es oro! ¡Es oro líquido! ¡Es un río de oro! ¡Y sale de una roca! No tenemos más que estirar la mano para recoger todo el que queramos...”.

El que había llegado primero no había podido contener un impulso instintivo, como si quisiera apoderarse de todo el tesoro que surgía de las piedras y corría por el amplio lecho: haciendo un cuenco con sus dos manos, lo llenó del líquido codiciado. Pero la decepción fue grande. En sus manos el líquido dorado era sólo agua pura. Todos quisieron comprobarlo y todos obtuvieron el mismo resultado: era agua pura la que brotaba de la roca, sólo que al correr por un lecho de arena y ser alcanzada por los fuertes rayos del sol, lucía como el oro, dorada y brillante.

Los indígenas, indiferentes al valor del oro, ya conocían el fenómeno, pero nunca lo habían tenido en cuenta, porque para ellos el oro no tenía la importancia que le daban los expedicionarios.